Año I. Huesca 15 de Julio de 1883. Número 9.

EL IRIS DE PAZ

PERIÓDICO QUINCENAL ESPIRITISTA,

ÓRGANO DE LA SOCIEDAD SERTORIANA DE ESTUDIOS PSICOLÓGICOS.

PRECIO DE SUSCRICIÓN.

En Huesca, trimestre. . . . 0'75 pesetas.
Fuera de Huesca, idem. . . 1'00 »
En Cuba y Puerto Rico, idem 2'00 »
Extranjero, idem. . . . . . 1'50 »

PUNTOS DE SUSCRICIÓN.

En la Redaccion y Administracion, Coso-alto número 1, y en la calle de Canellas número 13.
En Zaragoza, librería de Maynou, calle de las Escuelas Pías, núm. 59.

La correspondencia se dirigirá á don Domingo Monreal, Huesca.

DOCTRINA ESPIRITISTA.

LA VERDADERA SABIDURÍA.

La ciencia del bien es la ciencia del espíritu. La sabiduría consiste en el claro conocimiento de las verdades morales relativas al grado de elevación de la criatura racional, y de la firme voluntad de profesarlas: es el discernimiento luminoso de lo justo y de lo injusto, de lo verdadero y de lo falso, acompañado del eficáz deseo de practicar la verdad y la justicia, en la medida siempre de la capacidad ó aptitud espiritual.

La ciencia que directa ó indirectamente no se refiere á las verdades morales y versa sólo sobre intereses mundanos conexionados con los placeres de la carne, con los materiales goces de la vida de la Tierra, esta es la ciencia del sensualismo y del orgullo, sin reflexión provechosa sobre el sentimiento, sin virtualidad para aguijonear y enderezar la conciencia. No es la sabiduría del alma que eleva las aspiraciones á Dios y á la virtud; es la hinchazón de la soberbia, que nos abate á la materia, al egoismo, á las sensaciones y mentirosos goces de los ruines apetitos.

Por esto se ven entre la multitud de los hombres que son tenidos por sábios en el mundo, tantos de sentimiento dañoso y conciencia tenebrosa y entre las mayorías ignorantes, algunos cuyo sentimiento y conciencia brillan con toda la pureza y santidad de la perfección terrestre; y es que los unos emplean la actividad de su entendimiento en la ciencia de los goces materiales refiriéndola exclusivamente á la vida de sensación, al paso que los otros, considerando como un accidente pasajero la vida de sensación, dirigen toda su energía racional á la vida verdaderamente esencial y libre, á la vida del sentimiento y la voluntad, que es la vida permanente del espíritu. La ciencia de los unos es la hojarasca del entendimiento extraviado: la de los otros flor de suavísimo aroma cuyo fruto será el cumplimiento del deber.

En esto último consiste la verdadera sabiduría, pues sólo puede serlo la que nos conduzca al Bien; fin supremo de nuestra existencia.

TINIEBLAS Y LUZ.

Tan antitéticos como esos dos térmi-

nos, son el Catolicismo y el Cristianismo, la Iglesia romana y el Evangelio de Jesús. La religión del Crucificado fundada en la pureza del corazón, en la fraternidad, en la caridad, en el amor universal; la religión de Roma con todos las impurezas humanas, la intolerancia, el apasionamiento y el ódio; verdad, luz, espíritu que vivifica, la una; y la otra error, tinieblas, letra que mata. Armonía, idea de corrección, suavidad, razón, convencimiento, atracción: esto respira el Evangelio. Confusión, dureza, superstición, incredulidad, repulsión: esto inspira la Iglesia que pretende ser la continuadora del Cristo, y en realidad en su más absoluta negación.

Llámase aquella, *Santa Madre*, y trata á sus hijos como no los trataría la peor de las *madrastras*. En prueba de ello, vean nuestros lectores la copia literal de la excomunión que ofrecíamos reproducir y copiamos literalmente, lanzada por el arzobispo de Sevilla contra el periódico *La Lucha*, semanario libre-pensador que, como era natural, ha recibido con sarcástica carcajada el anti-cristiano anatema, pero congratulándose y agradeciendo el honor que se le ha dispensado y resultará en crédito y valor de la publicación sevillana, que dice así:

«Ya ven nuestros lectores que existen justificados motivos para que la alegría y el júbilo nos rebosen hasta por cima de los cabellos.

Pero ¿qué decimos? Nos hemos dejado llevar de nuestro propio contento, y vanagloriados y orgullosos por las infinitas felicitaciones de que hemos sido objeto; al observar el curso ordinario de las funciones de nuestro organismo; al ver que no hemos perdido ni el sueño ni el apetito y que se encuentran nuestras *ingles* y todas las partes de nuestro cuerpo como ántes de la excomunión, ni más largas ni más cortas; y por último, al ensartar en el rosario de nuestras excomuniones la *cuenta* número CUATRO, no hemos tenido presente que tal vez la indiferencia ó desprecio con que nuestros lectores miran una excomunión, sea porque desconozcan los términos en que esta se encuentra concebida.

Por si así fuera, damos copia literal de la excomunión para que nuestros lectores obren con conocimiento de causa.

Tiemblen, horripílense y lean:

«En el nombre de Dios Omnipotente, »del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, de los santos Cánones, de la Santa »Virgen María, Madre de Dios y de to»das las virtudes celestiales, de los án»geles y arcángeles, de los tronos y de »las dominaciones, Serafin y Querubin, »de los santos patriarcas y profetas, de »todos los apóstoles y evangelistas, de »los Santos Inocentes, únicos que fue»ron declarados dignos de cantar el »nuevo cántico en presencia del Eter»no, de los Santos mártires y Santos »Confesores, de las Santas Vírgenes y »tambien de todos los Santos y elegidos »del Señor;

»Excomulgamos y anatematizamos »á este hereje (ó este impio) y lo se»cuestramos de la Santa Iglesia de Dios, »á fin de que condenado á la pena eter»na, caiga en el abismo como Datan y »Aviron, y como todos los que se atre»vieron á decir al Dios fuerte: *Apártate »de nosotros que no queremos conocer tu »camino.*

»Y así como el fuego se apaga en el »agua, así se apague su alma en la »eternidad de los siglos, á menos que »se enmendare y reconociere su culpa. »Amen.

»Maldito sea de Dios Padre, criadór »de los hombres; maldito sea de Dios »Hijo, que padeció por los hombres; »maldito sea del Espíritu Santo, que »descendió sobre él en el bautismo. »Maldígalo la Santa Crúz en que subió »Jesús triunfante por nuestra salva»ción; maldígalo la madre de Dios Ma»ría Santísima, siempre virgen; maldi-

»galo San Miguel, custodio de las al»mas sagradas. Maldíganle tambien todos los ángeles y arcángeles, los prin»cipes y las potestades, con toda la mi»licia del ejército celeste. Maldíganle »los numerosos patriarcas y profetas: »maldígale San Juan el Precusor, que »derramó el agua del bautismo sobre »Jesús. Caiga sobre él la maldición de »San Pedro, San Pablo, San Andrés y »todos los Apóstoles y la de los demás »discípulos de Jesucristo, y de los cuatros evangelistas, cuya predicación »convirtió al mundo entero. Maldito »sea por la maravillosa muchedumbre »de mártires y confesores que fueron »gratos á Dios por sus buenas obras; »maldito sea por el coro de las sagra»das vírgenes que despreciaron los bie»nes de este mundo por amor á Jesu»cristo; maldito sea por todos los san»tos que desde principio del mundo »hasta el fin de los siglos fueron y serán »gratos á Dios. Maldíganle, en fin, la »tierra y todas las cosas santas que con»tiene. Maldito sea á donde quiera »que vaya, ya esté en su casa, en el »campo, en camino, en sendero, en el »bosque, en el agua ó en la iglesia.

»Maldito sea viviendo, muriendo, comiendo, bebiendo, apagando el ham»bre, apagando la sed, cuando ayune, »cuando concilie el sueño, cuando duer»ma, cuando esté despierto, cuando pa»sée, cuando esté de pié, cuando se »siente, cuando se acueste, cuando tra»baje, cuando descanse, *mingendo, cacando et flebotomando.*

»Malditas sean todas las fuerzas de »su cuerpo, maldito sea por dentro, por »fuera, en el cabello y en los sesos. »Maldito sea en la cabeza, en las sie»nes, en la frente, en las orejas, en las »cejas, en los ojos, en las megillas, en »las mandíbulas, en la nariz, en los »dientes incisivos, en los dientes mola»res, en los labios, en la garganta, en »los hombros, en los brazos, en las ma»nos, en los dedos, en el pecho, en el »corazon, en todas las partes internas »del cuerpo; en los riñones, en la ingle, »en el femur, *in genitalibus*, en los mus»los, en las rodillas, en las piernas, en »los pies, en todas las articulaciones y »en las uñas.

»Maldito sea en la trabazón de todas »las partes de sus miembros; no le que»de sano ni un punto del cuerpo desde »lo más alto de la cabeza hasta la plan»ta de los pies. Maldígale Jesucristo, »Hijo de Dios vivo, con todo el poder de »su magestad, y levante contra él el »cielo con todas las virtudes que con»tiene para entregarlo á la condenación »eterna, si no se arrepintiere y confe»sase su culpa. Amen. ¡Así le suceda, así le suceda! Amen.»

Esta es la Iglesia romana, maldiciendo con saña hidrofóbica en nombre de una religión que es todo paz, todo misericordia, todo amor; invocando sacrílegamente el nombre de Dios, el Padre de la infinita Bondad; y poniendo por pantalla de la inhumanidad con que maldice, á Jesús, que predicó la religión más humana, la que pone el amor como objeto capital, que es el camino de la regeneración, la puerta de la dicha, el descenso del reino de Dios á la tierra por el imperio de la caridad.

Comparemos ahora el lenguaje de los que se dicen representantes de Cristo y escarneciendo la divina predicación, maldicen á sus hermanos con el «Sermón de la Montaña» que eternamente admirarán los hombres porque con esa doctrina los corazones se abrasan en vándales de eterno amor.

«Y viendo las gentes, subió al monte; y sentándose, se llegaron á él sus discípulos.

Y abriendo su boca, les enseñaba, diciendo:

Bienaventurados los pobres de espíritu: porque de ellos es el reino de los cielos.

Bienaventurados los que lloran: porque ellos recibirán consolación.

Bienaventurados los mansos: porque ellos recibirán la tierra por heredad.

Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia: porque ellos serán hartos.

Bienaventurados los misericordiosos: porque ellos alcanzarán misericordia.

Bienaventurados los limpios de corazón: porque verán á Dios.

Bienaventurados los pacificadores: porque ellos serán llamados hijos de Dios.

Bienaventurados los que padecen persecucion por causa de la justicia: porque de ellos es el reino de los cielos.

Bienaventurados sois, cuando os vituperasen, y os persiguieren, y dijesen de vosotros todo mal por mi causa, mintiendo.

Gozáos y alegráos; porque vuestra suerte es grande en los cielos: que así persiguieron á los profetas, que *fueron* ántes que vosotros.

Porque os digo, que si vuestra justicia no fuese mayor que la de los escribas y los fariseos, no entrareis en el reino de los cielos.

Oistes que fué dicho: No matarás: más cualquiera que matare, será culpado del juicio.

Más yo os digo, que cualquiera que se enojáre locamente con su hermano, será culpado del juicio: y cualquiera que dijese á su hermano Raca, será culpado del concejo: y cualquiera que dijese, Fátuo, será culpado del infierno del fuego.

Por tanto si trajeses tu presente al altar, y allí te acordases que tu hermano tiene algo contra tí.

Deja allí tu presente delante del altar, y vete; vuelve primero en amistad con tu hermano, y entonces ven, y ofrece tu presente.

Conciliate con tu adversario presto, entretanto que estás con él en el camino; porque no acontezca que el adversario te entregue al juez, y el juez te entregue al alguacil, y seas echado en prision.

De cierto te digo, que no saldrás de allí hasta que no pagues el último cuadrante.

Oisteis que fué dicho á los antiguos; ojo por ojo, y diente por diente:

Más yo os digo, no os resistais al mal: ántes á cualquiera que te hiriere en tu mejilla diestra, vuélvele tambien la otra.

Y al que quisiere ponerte á pleito, y tomarte tu ropa, déjale tambien la capa.

Y á cualquiera que te cargare por una milla, vé con él dos.

Al que te pidiére, dale: y al que quisiere tomar de tí en prestado, no le rehuses.

Oisteis que fué dicho: amarás á tu prójimo, y aborrecerás á tu enemigo:

Más yo os digo, amad á vuestros enemigos, bendecid á los que os maldicen, haced bien á los que os aborrecen, y orad por los que os ultrajan y persiguen.

Para que seais hijos de vuestro Padre que está en los cielos; que hace que su sol salga sobre malos y buenos, y llueve sobre justos é injustos.

Porque si amáreis á los que os aman, ¿qué recompensa tendreis? ¿no hacen tambien lo mismo los publicanos?

Y si abrazáreis á vuestros hermanos solamente, ¿qué haceis demás? ¿no hacen tambien así los Gentiles?

Sed pues vosotros perfectos, como vuestro Padre que está en los cielos es perfecto.»

(San Mateo, cap. V.)

«No juzgueis, para que no seais juzgados.

Porque con el juicio con que juzgais sereis juzgados; y con la medida con que medís, os volverán á medir.

Así que, todas las cosas que quisie-

rais que los hombres hiciesen con vosotros, así tambien haced vosotros con ellos: porque esta es la ley, y los profetas.

Y guardáos de los falsos Profetas, que vienen á vosotros con vestidos de ovejas, mas de dentro son lobos rapaces.

Por sus frutos los conoceréis. ¿Cógense uvas de los espinos ó higos de los abrojos?

Asi todo buen árbol lleva buenos frutos; mas el árbol maleado lleva malos frutos.

No puede el buen árbol llevar malos frutos; ni el árbol maleado llevar frutos buenos.

Todo árbol que no lleva buen fruto, córtase y échase en el fuego.

Asi por sus frutos los conoceréis.

No todo el que me dice, Señor, Señor, entrará en el reino de los cielos: mas el que hiciere la voluntad de mi Padre que *está* en los cielos.

Muchos me dirán en aquel dia: Señor, Señor, ¿no profetizamos en tu nombre, y en tu nombre lanzamos demonios, y en tu nombre hicimos muchos milagros?

Y entonces los protestaré: Nunca os conocí: apartáos de mí, obradores de maldad.

(San Mateo, cap. VII.)»

Cierta ente que son obradores de mal aquellos que dan frutos del maldición, y a quiénes no reconocerá Jesús; son los falsos profetas, el arbol que debe cortarse y echarse en el fuego. Ellos pagarán hasta el último cuadrante, porque han maldecido á su hermano, Si, ellos son tinieblas, como es luz el «Sermón del Monte.» Por eso asistimos á las postrimerias de esa Iglesia que es la negación del fundador: por eso en el siglo de las luces á sus anacrónicos anatemas, contestan los excomulgados como lo hace *La Lucha* en los siguientes términos:

«Nosotros, en nombre del progreso, de los mártires de la ciencia y de los apóstoles de la civilización, pudiéramos en justa reciprocidad y en uso de nuestro perfecto derecho de defensa, maldecir el odioso padrón de ignominia social que se llama catolicismo: pudiéramos á nombre del porvenir disipar por medio del anatema las densas y sangrientas sombras del pasado; pero como quiera que no nos faltan razones para sostener nuestras ideas con argumentos y pruebas, no podemos imitar la conducta de los que á nombre del pasado y sin razones ni pruebas con que sostener sus teorias echan mano, en su desesperada rabia é impotencia, del gastado recurso de las excomuniones.

«Conceptuamos que el defendernos de los anatemas de Roma seria imitar al héroe de Cervantes dando cuchilladas contra pellejos vacios, y por lo mismo, mientras el fantasma horrible que se llama catolicismo no presente argumentos á argumentos, pruebas á pruebas, seguiremos impasible nuestra tarea contestando á Roma con una sarcástica carcajada.»

SECCIÓN DE POLÉMICA.

LOS ERRORES DE «LA PROVINCIA» RESPECTO AL ESPIRITISMO.

I.

En nuestra anterior serie de artículos dedicados al colega local neo-católico, hicimos notar que habia guardado completo silencio respecto á nuestras afirmaciones y argumentos, limitándose á truncar y desfigurar textos de Allan Kardec, pero no los que exponen principios fundamentales de nuestra doctrina, y forjándose una cosa imaginaria y bufa, que gratuita y caprichosamente bautizó con el nombre de ra-

piritismo, pretendió impugnarla, deshacerla, triturarla, hundirla en el abismo del ridículo y de la execración. Pero combatió unos molinos de viento, un sólido y perdurable edificio, que la fantástica creación presentaba como un ente ridículo vencible al primer ímpetu del andante caballero, y lo mismo que D. Quijote en su célebre aventura, salió descalabrada *La Provincia*, como le acontecerá siempre al paladín que intente impugnar lo que no ha estudiado ni conoce.

En pié están aun todas nuestras afirmaciones exponiendo los principios fundamentales del Espiritismo, que no ha rebatido ni podrá rebatir el periódico ultramontano. Estos son, como repetidas veces hemos dicho: Existencia de Dios, inmortalidad del Espíritu, pluralidad de mundos y existencias, solidaridad universal, comunicación con el mundo invisible, progreso indefinido por el camino de la Caridad y la Ciencia que hácia Dios conducen.

Está, pues, completamente equivocada *La Provincia* al suponer y afirmar, *porque sí*, que los principios fundamentales de nuestra doctrina son lo que el colega llama bizarramente «espíritus espiritistas,» los médiums y las comunicaciones. Ya hemos visto los dislates en que incurrió al ocuparse de los espíritus, que bautizaba, sin sentido común ni gramatical, con el epíteto de «espiritistas.» En esta segunda série de artículos, haremos ver los errores en que cae al tratar de los médiums y de las comunicaciones, que tambien coloca entre los principios fundamentales del Espiritismo, doctrina absolutamente independiente de unos y otras, y cuyo objetivo esencial es, como dice Allan Kardec en el final de la primera parte de *El Libro de los Mediums*: «Que el hombre la haga servir para su mejoramiento moral.» Por eso cuando queremos dar á conocer el Espiritismo con las obras de Allan Kardec, el primer libro que ponemos en manos de quien desea formar exacta idea, es *El Evangelio segun el Espiritismo*, que *La Provincia* se guarda bien de mencionar, porque no podría refutar ese código de moral universal, esa ley evangélica enseñada por los Espíritus, y que nadie podrá atribuir al demonio, sopena de confesar que se ha convertido en ferviente apóstol del cristianismo.

Tiene buen cuidado el periódico ultramontano de no examinar la citada obra, ni *El Libro de los Espíritus*, parte filosófica de la ciencia espiritista, ni las demás obras fundamentales de Allan Kardec; limita su crítica al libro que sólo es de enseñanza complementaria; y de él se fija únicamente en detalles accesorios que no son doctrina unánimemente admitida por los espiritistas, conformes en las bases esenciales que hemos señalado.

Sin embargo, dice *La Provincia* enfáticamente que va á dar á conocer á quien los ignore los principios y prácticas fundamentales del Espiritismo. De ninguno de ellos se ocupó en sus tres primeros artículos, que dejamos contestados. Al examinar y refutar el cuarto artículo en que, bajo el epígrafe «Errores espiritistas,» se ocupa de los mediums, pondremos de manifiesto que la pretenciosa impugnación de aquel periódico, no es mas que un cúmulo de errores respecto al Espiritismo.

Para convencerse de ello, no hay más que leer los artículos de *La Provincia* y estudiar despues cualquiera de las obras en que se exponen los principios ó cuerpo de doctrina que en el campo de la filosofía se conoce con el nombre de psicologismo moderno ó Espiritismo.

ESPIRITISMO TRASCENDENTAL.

VII.

Dios no castiga.—Quien se falta ýse castiga, es el espíritu á sí mismo.

Como un error trae por legítima con-

secuencia otros errores, hay que fijarse mucho en los principios que se sientan, y analizarlos todos con imparcial detenimiento.

La creencia vulgar de que *Dios castiga á los espíritus culpables*, ha podido producir la de que *el espíritu falta á las leyes de Dios*; y si aquella fuese cierta, esta se encontraria en el seno de la lógica. Tambien pudiera haber acontecido lo contrario; que de la creencia de que *el espíritu falta á las leyes divinas*, se hubiera deducido *el castigo de Dios á los espíritus rebeldes*. Cualquiera de estas ideas que se haya tomado por *principio*, es igualmente absurda.

Ya lo hemos visto en la *falta* y vamos ahora á demostrarlo en el *castigo*.

Solo la ley divina impera en el Universo; la ley del bien.

Y la ley del bien, es la ley de la felicidad, la ley del premio.

El castigo divino no existe, en la verdadera acepción del concepto.

Dios, solo premia.

Si Dios castigara, produciria la pena, el disgusto, el dolor, la desgracia, la desesperación; descenderia de su *infinito bien* para realizarse en el *relativo bien*.

Y Dios no puede sin dejar de ser Dios, realizarse sino en Su naturaleza propia, en la práctica del *sumo bien*.

El castigo divino seria, por otro lado, la divina justicia; porque *no faltando* el espíritu á la voluntad de Dios en ningun concepto, cumpliendo extrictamente sus prescripciones en el cumplimiento de la ley, no existe motivo alguno para que se le castigue; y el castigo inmerecido seria una crueldad, una injusticia, que anulando la bondad, la misericordia y la justicia de Dios, anularia su existencia.

La creencia en el castigo divino, es un error ateo.

Quien se *falta* y se *castiga* es el espíritu á sí mismo en efecto:

La facultad natural de *sentir* que el espíritu posée, se determina de tres modos; como *sensibilidad*, como *sensación* y como *sentimiento*: y esta propiedad de afectarse el espíritu por sí mismo y por cuanto extraño á él se relaciona, es la causa de su bien, porque es la percepción del placer: lo que le hace positiva la dicha; lo que le realiza en la felicidad.

M. Gonzalez.

(Continuará.)

MISCELÁNEA.

El conocido materialista francés M. Alfredo Naquet, dió el invierno pasado en la sala del boulevard de las Capuchinas, en Paris, una série de conferencias sobre «la esencia de la materia. Despues de consagrar varias sesiones á la refutación del espiritualismo, no en la filosofía racional sino en los dogmas religiosos, anunció una última conferencia en la cual se proponia examinar la revelación moderna; las manifestaciones nuevas que se afirman en el dominio experimental, y que clasificaba así: los milagros, los hechos magnéticos y los hechos espiritistas.

El distinguido químico Naquet, que ha ejercido brillantemente la medicina y es una autoridad científica, demostró en aquella última conferencia desconocimiento completo de la materia espiritista de que trataba, pues asimiló los fenómenos que nosotros estudiamos, universalmente atestiguados y desinteresadamente producidos, á las leyendas devotas que la ignorancia y superstición han propagado, á las especulaciones médico-religiosas en que los fieles ponen todos los gastos y el culto saca todos los beneficios.

Como supremo y victorioso argumento hizo una observación concluyente: «..... por lo demás, es de notar que los hechos espiritistas tienen buenas razones para no revelarse á la ciencia, porque jamás los ha atestiguado ningun sábio.»

Y esto lo decia M. Naquet en el mo-

mento en que los hombres de ciencia más distinguidos publicaban nuevas obras para renovar sus declaraciones respecto á la realidad de los fenómenos espiritistas, cinco años despues de aparecer en el periódico científico mas notable de Lóndres los artículos del sábio químico William Crookes, relatando sus experiencias, artículos traducidos luego al francés; y un año despues de aparecer el libro espiritista del profesor de astronomía de la universidad de Leipzig, M. Zollner.

La ilustrada espiritista señora Cochet, que asistia á la conferencia de la sala de las Capuchinas, al oir la errónea afirmación de M. Naquet, pasó al orador un billete concebido en estos términos:

«Como positivista debiais tener en »cuenta las experiencias rigorosamen»te científicas hechas por Crookes, »Cox, Alfredo Wallace, de la Academia »real de Lóndres, y las que Zollner, »Fechner y Weber han hecho en Ale»mania. Todos esos sábios, afirman des»pues de exámen, lo que V. niega *á »priori.*»

El conferenciante, despues de leer el billete, dijo: «Me hablan de experiencias espiritistas hechas por sabios de Inglaterra y de Alemania, *ignoraba este hecho.*»

Siempre lo mismo. Cuando algun sábio niega la realidad de los fenómenos espiritistas, es que no los ha estudiado ni conoce las investigaciones que otros hicieron en el terreno científico.

PROBLEMA.

Llamamos la atención de los jóvenes acostumbrados á resolver problemas de Matemáticas, ya que, por fortuna, tantos se cuentan hoy en nuestro pueblo hácia el interesante problema que sigue:

Se trata de saber quién es el Padre, quién el Hijo y quién el Espíritu Santo á que alude este fragmento, que tomamos de uno de los más grandes hombres que cuenta el catolicismo en nuestro siglo.

He aquí ahora el fragmento:

«Allí está el Dios católico, uno y trino; uno en esencia, trino en las personas. El Padre engendra eternamente á su Hijo, y del Padre y del Hijo procede eternamente el Espíritu Santo. Y el Espíritu Santo es Dios, y el Hijo es Dios, y el Padre es Dios; y Dios no tiene plural, porque no es más que un Dios, trino en las personas y uno en esencia. El Espíritu Santo es Dios, como el Padre, pero no es Padre; es Dios como el Hijo, pero no es Hijo. El Hijo es Dios como el Espíritu Santo, pero no es Espíritu Santo; es Dios como el Padre, pero no es Padre; el Padre es Dios como el Hijo, pero no es Hijo; es Dios como el Espíritu Santo, pero no es Espíritu Santo.»

La inmortalidad á quien lo acierte.

(*Las Dominicales.*)

ADVERTENCIA.

Rogamos á nuestros abonados que se hallen en descubierto, remitan á la mayor brevedad posible, el importe del trimestre vencido y la renovación del actual.

HUESCA

Imp. Manuel de M. Lasa.